

autoimagen, tiene lugar un proceso de *integración*. En otras palabras, cuando el autoconcepto cobra suficiente fuerza para ayudar a regir nuestro comportamiento, se convierte en un agente de socialización y, a la vez, en un productor de ella.

El autoconcepto puede premiarse o castigarse a sí mismo. Cuando las personas se conducen en una forma que es compatible con su autoimagen, no necesariamente requieren de la aprobación o elogio de la comunidad; se sienten contentos consigo mismos y eso les satisface. Por ejemplo, un muchacho que se considera un buen atleta disfrutará el elogio de sus compañeros luego de un buen partido, pero también se sentirá satisfecho dando un rendimiento que corresponda a su autoimagen, aun cuando esté practicando a solas. También los autoconceptos pueden ser autopunitivos. Los que se creen incapaces pueden sabotear de manera inconsciente sus esfuerzos y de esta manera mantener dicha imagen. Un cambio radical de la imagen de sí mismo (aun si es para bien) puede producir gran inquietud. Un niño que se somete a ortodoncia puede sufrir un fuerte problema psicológico aunque su aspecto haya mejorado muchísimo. La imagen que ve en el espejo quizá ya no sea compatible con la autoimagen familiar, pudiendo sobrevenir entonces una gran crisis de identidad.

### INTERACCIÓN ENTRE LA GENÉTICA Y LA CULTURA.

Según se mencionó en la introducción a este capítulo, el antiguo debate de herencia frente a ambiente todavía sigue vigente y de seguro lo estará por mucho tiempo. La cuestión central no es determinar cuál de estos factores tiene mayor influencia sobre la personalidad, sino cómo interactúan ambos en el desarrollo de la conducta humana. Estudios de adopción de gemelos muestran que algo de nuestros genes influye sobre rasgos sociales como la sociabilidad, emotividad y el nivel de activación. Estos rasgos hereditarios, a su vez, influyen en el ambiente que pretendemos, las cosas que nos ocupan, y que tanto aprendemos. Pero los niños también ayudan a confeccionar su entorno de otras maneras. Por ejemplo, las psicólogas Sandra Scarr y Kathleen McCartney creen que el niño interactúa con su ambiente de tres distintas maneras, dependiendo de sus predisposiciones genéticas individuales. En el patrón de interacción *pasiva*, los padres dan y los niños aceptan los genes y el entorno, ya sean favorables o desfavorables, para el

desarrollo de capacidades particulares. Un niño con habilidad musical que nace en el seno de una familia de músicos, recibe en consecuencia un ambiente propicio en el cual va a desarrollar sus destrezas. En un patrón de interacción *evocadora*, el niño evoca respuestas características de sus padres y otras basadas en su conducta genéticamente determinada. Un niño, extrovertido, sociable, activo, exigirá respuestas de sus padres y maestros; un niño introvertido, pasivo, tranquilo, puede ser ignorado. Para finalizar, Scarr y McCartney (1983) sugieren que puede existir una relación *activa* entre el niño y su entorno; es decir, el niño puede buscar de modo activo determinados entornos (amigos y oportunidades) que son compatibles con su temperamento, talento, o predisposiciones.

El aspecto físico (ser alto o bajo, de piel oscura o blanca; hermoso o sin atractivo) está determinado genéticamente, pero la forma en que la cultura juzga esos atributos físicos puede ejercer un profundo efecto sobre el desarrollo de la personalidad. Así, en Estados Unidos a las personas altas a menudo se les da mayor poder y autoridad, no porque necesariamente los merezcan sino porque de un modo literal destacan del resto de la población. Por la misma clase de razones culturales, un niño robusto y hermoso con problemas de aprendizaje, que al parecer no tenga esas características, puede ser tratado como si no tuviera ninguna deficiencia. En otras palabras, los rasgos heredados pueden ser admirados o no, según las actitudes culturales del momento hacia su aspecto físico. Ello hace mucho más difícil aún separar los efectos de la genética y la cultura. Por ejemplo, el adolescente musculoso y guapo que no es muy inteligente puede adquirir más seguridad en sí mismo y llegar a ser una persona muy capaz porque todos los que lo rodean creen que los varones con esas cualidades deben ser personas capaces.

La interacción de herencia y ambiente posiblemente empieza de inmediato, desde el momento del nacimiento. T. Berry Brazelton y sus estudiantes dedicaron varios años al estudio de las diferencias individuales en recién nacidos de todo el mundo. Examinaron a recién nacidos de África, Asia, América Latina, Europa y los neonatos estadounidenses de raza blanca (Lester y Brazelton, 1982). Muchos de los neonatos zambianos mostraban desnutrición y deshidratación al momento del parto. En su comportamiento se reflejaba su estado físico. Presentaban un seguimiento visual deficiente y menos actividad motora; su

control de la cabeza no era satisfactorio. Sin embargo, la cultura zambiana espera que los recién nacidos sean vigorosos y, por eso, los padres ignoraban la conducta deficiente y trataban a sus hijos como si fueran más responsivos de lo que eran en realidad. A los niños se les amamantaba con frecuencia y por demanda; mostraron un rápido incremento ponderal. Al cabo de dos semanas, se habían convertido en niños muy responsivos y fuertes. En cambio, los neonatos estadounidenses eran mucho más fuertes al nacer. La mayor parte permanecía en el hospital tres días (mientras que los zambianos eran llevados a casa el día después del nacimiento) y se les trataba con delicadeza en el hogar. Se les alimentaba a intervalos de 3 ó 4 horas y tenían poca actividad de juegos. Estos niños cambiaron muy poco en su responsividad o actividad general en las primeras 2 semanas de vida.

Así pues, parece evidente que la dotación genética por sí misma no determina el comportamiento neonatal. La dotación genética, el ambiente prenatal, el historial genético y obstétrico y el sistema de crianza intervienen en la determinación del comportamiento.

La interacción de la genética y la cultura se advierte con más claridad en lo referente al sexo. Heredamos el sexo, pero desde el momento de la concepción influye en el ambiente social. Un equilibrio decisivo de las hormonas de la masculinización en un periodo crítico del desarrollo prenatal decide si el feto masculino desarrollará los genitales masculinos o femeninos. Si por alguna razón esas hormonas no están presentes en el momento oportuno, el feto desarrollará genitales femeninos a pesar de ser un varón genético (XY). Ni siquiera el código genético se sigue siempre con exactitud.

### IDENTIDAD, GÉNERO Y ROL

Los adolescentes judíos ortodoxos agradecen todos los días a Dios que no fueron mujeres. Muchas otras religiones también consideran que la mujer es inferior en muchas formas. ¿Pero qué significa ser mujer? El género es de origen genético, y algunos autores sostienen que el varón y la mujer son intrínsecamente muy distintos en cuanto a intelecto, personalidad, ajuste en la adultez y estilo, sobre todo por la programación genética. El punto de vista contrario establece que son diferentes por la forma en que los tratan durante toda la vida sus padres, maestros, amigos y cultura. Cuando nos preguntamos si la genética o

la cultura es el factor principal en la determinación de la identidad de roles sexuales, al parecer estamos planteando mal la cuestión. Una y otra establecen los límites externos de la identidad, pero interactúan como dos partes de una misma cuerda al formar la personalidad o identidad psicosexual. Debemos examinar más a fondo esa interacción a lo largo de toda la vida.

Aunque la identidad de los papeles sexuales queda establecida en la niñez temprana, sigue siendo una cuestión de desarrollo hasta bien avanzada la adultez. Esa identidad constituye tal vez nuestro autoconcepto más fundamental, pero no es un rasgo permanente y rígido de la personalidad. Antes de ver cómo la identidad de los papeles sexuales cambia a raíz de las situaciones de la vida, examinaremos algunas de las evidentes diferencias entre los sexos y cómo los "hechos" genéticos pueden determinar algunos aspectos del comportamiento.

### *Diferencias entre hombres y mujeres.*

Los trabajos de investigación han demostrado que los varones, en promedio, nacen con una talla ligeramente mayor y con más peso que las mujeres. Las niñas recién nacidas, tienen esqueletos más maduros y parecen ser un poco más sensibles al tacto. Entre los que empiezan a caminar, los niños son un poco más agresivos, y las niñas tienen un ligero margen en las habilidades verbales. Hacia los 8 ó 10 años, los niños empiezan a desplazar a las niñas en habilidades espaciales y en las matemáticas. A los 12 años, el promedio de las niñas está bien dentro del marco del rápido crecimiento y la maduración mientras que el promedio de los niños es aún considerado físicamente preadolescente. En la mitad de la adolescencia, la superioridad en las destrezas verbales de las niñas se incrementa, y el margen en las habilidades espaciales y las matemáticas de los niños aumenta. Hacia los 18 años, el promedio de las mujeres tiene aproximadamente 50% menos fortaleza muscular que el promedio de los hombres. En la edad adulta el cuerpo del hombre tiene más músculo y hueso. En promedio, el cuerpo de las mujeres tiene más grasa como aislante. Hay ventajas en la constitución de las mujeres a nivel de la salud, incluyendo más flexibilidad en los vasos sanguíneos y la capacidad para procesar la grasa de un modo más eficiente. En la edad madura, los hombres son presas más fáciles de riesgos de salud, como enfisema, arterioesclerosis, ataques al corazón, enfermedades del hígado, homicidio, suicidio o adicción a las drogas.

A los 65 años, sólo hay 68 hombres vivos por cada 100 mujeres; a los 85, las mujeres sobrepasan a los hombres al menos dos por uno. A la edad de 100 años, hay cinco veces más mujeres que hombres (McLoughlin y colaboradores, 1988).

Muchas de las diferencias entre ambos sexos parecen tener un origen genético. Por ejemplo, Maccoby y Jacklin (1980) afirman que las altas concentraciones de algunas hormonas sexuales en el periodo prenatal pueden ser la causa de una mayor agresividad entre los hombres. Tieger (1980) no acepta esto y afirma que no existe una predisposición biológica hacia la agresividad masculina; por el contrario, la diferencia en este aspecto entre ambos sexos se debe a la socialización de los roles sexuales. Una reseña más reciente (Hyde, 1984) sostiene que incluso esas diferencias "bien establecidas" entre hombres y mujeres en la agresividad, lo mismo que en las habilidades matemáticas y verbales, deben verse con cautela. Luego de examinar cientos de estudios, Hyde descubrió que las diferencias observadas entre el varón y la mujer promedio no eran constantes.

Igualmente importantes son los hallazgos en aspectos en que *no* difieren los sexos. Ruble (1988) reseñó numerosos estudios dedicados a las diferencias de los papeles sexuales y observó áreas en que éstas no estaban demostradas. Allí pareció no haber diferencias consistentes debido al género, por ejemplo, en sociabilidad, autoestima, motivación de logro e incluso en aprendizaje mecánico y ciertos tipos de destreza analíticas.

Además, la diferencias que hay en la actualidad entre hombres y mujeres son pequeñas, con frecuencia menos del 50% del rango total. En muchos estudios conducidos a mediados de los años 80, estas tendencias no fueron tan firmes como se creyó antes (Halpern, 1986; Ruble, 1988). El promedio de los hombres sólo es ligeramente más alto en el nivel de actividad, agresión o razonamiento matemático, y las mujeres califican sólo un poco más alto en empatía. Lo que es más, muchas de las diferencias de personalidad que existen son susceptibles de ser modificadas con entrenamiento, las situaciones, o con el cambio de las expectativas culturales.

### *Género y socialización.*

Hay por lo menos dos componentes interrelacionados de los que el niño aprende acerca de su identidad sexual: *conductas relacionadas con el género y conceptos de género*. Los teóricos del aprendizaje social se han concentrado en cómo se aprenden y se combinan en un papel sexual o de género, las conductas de género apropiadas. (Debido a que el término "sexo" posee múltiples significados, hay cierta preferencia por el uso de la palabra "género" cuando hablamos de masculinidad o feminidad. No obstante, algunos autores importantes, continúan utilizando los términos "sexo" y "género" indistintamente <Ruble, 1988>). En contraste, los teóricos del conocimiento, se concentran en la manera en que el niño empieza a comprender los conceptos relacionados con el género y la manera en que desarrolla una identidad de género. Empezamos viendo la adquisición de conductas definidas de modo cultural que conforman un rol sexual de género.

**COMPORTAMIENTO DE TIPIFICACIÓN SEXUAL.** En la generalidad de las culturas, los niños realizan una conducta de evidente tipificación sexual hacia los 5 años de edad. En efecto, muchos niños de 3 años han aprendido ya conductas específicas del sexo (Weinraub et al., 1984). En las guarderías, por ejemplo, a menudo las niñas juegan con muñecas, ayudan a preparar los bocadillos y muestran mayor interés que los niños por el dibujo y la música. Los niños por su parte construyen puentes, riñen y juegan con carros y camiones. En un estudio reciente se encontró esta diferencia neta entre niños de 2 y 3 años señalándose que las conductas específicas del sexo se volvían más fuertes cuando los niños cumplían 4 ó 5 años (Pitcher y Schultz, 1983).

Algunas veces, estas conductas clásicas de un sexo son exageradas o estereotipadas. Los estereotipos de los **roles de género**<sup>19</sup> son ideas rígidas y fijas sobre lo que constituye un comportamiento masculino o femenino. Suponen una creencia de que lo "masculino" y lo "femenino" constituyen dos categorías distintas y mutuamente excluyentes y

<sup>19</sup> **Estereotipos de los papeles sexuales** Ideas rígidas y fijas sobre lo que es una correcta conducta masculina o femenina.

que la conducta de un individuo debe caer en una de ellas. Tales conductas permean casi todas las culturas. Así, en Estados Unidos los padres esperan que sus hijos varones sean "verdaderos hombres" (reservados, vigorosos, seguros de sí mismos, duros, realistas y asertivos) y que sus hijas sean "verdaderas mujeres": tiernas, dependientes, muy sensibles, locuaces, frívolas e imprácticas (Bern, 1975; Williams, Benett y Best, 1975). Algunos niños se ven sometidos a una intensa presión social para que se ajusten a esos estereotipos de los papeles de género, prescindiendo de sus disposiciones naturales.

El aprendizaje de los papeles (roles) de género principia en la lactancia. Kagan (1971) observa que las madres responden en forma más física a sus hijos y en forma más verbal a sus hijas, cuando empiezan a balbucear. Tales diferencias en el trato que se da a uno y otro sexo se detectan con claridad cuando el niño tiene 6 meses, por lo menos esto se logró en un estudio de Kagan efectuado en el área de Boston. En un estudio parecido dirigido 20 años después en Montreal, encontró que las habitaciones y juguetes proporcionados para infantes de cada sexo eran muy estereotipados. Los padres aún esperan juegos activos, fuertes, con objetos para sus hijos, y juegos más tranquilos, con muñecas, para sus hijas (Pomerleau, y colaboradores, 1990). Pero en muchos casos se requieren esos trabajos. Muchos cuidadores admiten que sus respuestas ante un niño de un año difieren de las que emiten ante una niña de la misma edad. Y no se trata simplemente de los colores (rosa para las niñas y azul para los niños); a menudo la diferencia se refiere a multitud de cosas de la vida diaria: la forma en que se toma al niño en brazos, la frecuencia con que se hace, la manera de hablarle, las cosas que se le dicen, el grado de ayuda que se le proporciona, cómo el cuidador reacciona al llanto. Todos esos comportamientos con a menudo influidos sutilmente por el sexo.

¿Cómo se aprenden los papeles de género? Los procedimientos de recompensa y castigo y modelamiento para la conducta correcta o incorrecta empiezan muy temprano en la infancia. En muchas sociedades los varones son socializados en un estereotipo de actividad y proeza física. Smith y Lloyd (1978) estudiaron la conducta de las madres de niños de 6 meses que no eran suyos. Esos niños eran "actores": algunas veces las mujeres eran presentadas como hombres y los hombres como mujeres. Invariablemente las madres estimularon más a los ni-

ños que a las niñas para que caminasen, gateasen o realizaran un juego físico. Las niñas eran tratadas con más gentileza y se les animaba a hablar. Conforme el niño crece, los padres reaccionan de manera más favorables cuando su niño se comporta como es lo indicado para su sexo.

Los padres también enseñan a sus hijos papeles (roles) de género (Hoing, 1980; Parke, 1981). Si bien enseñan a los hijos de ambos sexos a ser más independientes y autónomos, les enseñan más que las madres los roles sexuales específicos al reforzar la feminidad de las hijas y la masculinidad de los hijos. Antaño se pensaba que los padres eran importantes sólo en la enseñanza de conductas masculinas a los hijos, y al parecer eso es bastante cierto en el periodo preescolar. Los hijos cuyos padres dejaron la familia antes que cumplieran 5 años se muestran a menudo más dependientes de sus compañeros y menos asertivos (Parke, 1981). En el caso de las niñas, el efecto de la ausencia del padre es más evidente durante la adolescencia. Los padres buenos y sensatos ayudan a las hijas a aprender a interactuar con los hombres en forma correcta (Lamb, 1979; Parke, 1981).

**CONCEPTOS DE GÉNERO.** En la época en que los niños empiezan a caminar, aprenden conceptos como "niño", "niña", "hombre" o "mujer", y luego conceptos más específicos como "marimacho" y "afeminado". Algunas veces, estos estándares culturales basados en el género, o estereotipos, se llaman esquemas de género (Levy y Carter, 1989). En general se cree que el desarrollo de estos esquemas de género es en cierto modo un resultado del nivel de desarrollo cognoscitivo de los niños y que en cierto modo se debe a los aspectos particulares de la cultura que el niño es capaz de observar. Entre los muchos conceptos aprendidos está el de los niños acerca de nuestra propia identidad de género. Esta identidad de género se desarrolla en una secuencia particular de los 7 u 8 años de vida. El niño aprende a designarse como "niño" o "niña" a una edad más temprana. No entiende que será hombre o mujer siempre o que el género es constante a pesar de la ropa, actividades, o estilo de peinados que pueda adoptar. En forma gradual, el niño irá entendiendo tales factores de identificación de género. Sin embargo, no es raro que un niño en edad preescolar pregunte a su padre si él fue niño o niña cuando era pequeño. Hacia los 6 ó 7 años de edad, la mayoría de los niños ya no se equivocan en cuanto a

esto. Ellos han alcanzado lo que se llama constancia de género (Stangor y Ruble, 1987).

Sin embargo, hay más que aprender acerca de los conceptos de género que el simple logro de la constancia. Nuestra comprensión de género incluye una trama de conceptos interrelacionados, actitudes y expectativas sobre los papeles de género tradicionales y no tradicionales. Carol Martín estudió las actitudes de la gente hacia las "marimachas" y "afeminados". Les preguntó a estudiantes del segundo año del colegio, si estaban de acuerdo con ciertas conductas de niña clásica, niño clásico, "afeminados" y "marimachas". Les preguntó a los estudiantes qué podrían esperar de estos niños cuando crecieran, y preguntó a los estudiantes si podrían pensar si su propio hijo fuera una "marimacha" o un "afeminado". Se dedujo en el estudio que las mujeres eran más susceptibles a aceptar a los niños de "sexo cruzado" que los hombres, y ser "afeminado" era más condenado que ser "marimacha". Se asumió que las "marimachas" podrían crecer al margen de su conducta de género cruzado. En contraste se pensó que los "afeminados" no estaban bien adaptados y eran más propensos a crecer mostrando su conducta incorrecta (Martín, 1990). En otro estudio, Martín se preguntaba como se desarrollaban estas actitudes y expectativas. En un estudio con niños de 4 a 10 años de edad, encontró que los niños más pequeños no pudieron emplear el denominativo "marimacha" o "maricón" para vaticinar la amistad y la conducta de otro niño. Sin embargo, a los 8 años de edad, el niño tiene bien desarrollados los conceptos y posee actitudes relacionadas con la cultura hacia los "afeminados" y las "marimachas" (Martín, 1989).

El niño desarrolla los conceptos de género directamente de lo que se le enseñó y de los modelos que lo rodean. También los desarrolla de manera más indirecta a través de historias, o películas y la televisión. Estudios recientes de la naturaleza de los modelos estereotipados en la televisión indican que las imágenes de los papeles sexuales presentados en la televisión, en los pasados 10 ó 15 años han sido absolutamente estables, tradicionales, convencionales, y servían como justificantes de los papeles estereotipados (Signorelli, 1989). Incluso los estudios sobre los libros de texto de las escuelas elementales para niños en 1972 y de nuevo en 1989 indicaron que hubo una preponderancia de papeles sexuales estereotipados presentados a los niños pequeños

en sus libros de la escuela (Purcell y Stewart, 1990). En consecuencia, no es sorprendente que los conceptos de los niños sobre su género en ocasiones son estereotipados y fuertemente tipificados por el sexo.

### *Personalidad andrógina.*

¿Es bueno para los niños aprender un patrón de conducta claro y sólido y un conjunto de conceptos para definir la conducta masculina o femenina? ¿Le ayuda a tener una mejor salud mental? ¿Es más "normal"? Hace menos de dos décadas, a padres y maestros se les recomendaba mucho ayudar a los niños a establecer una clara conducta de tipificación sexual al momento de ingresar a la escuela primaria. En cambio, hoy gran parte de la literatura indica que una exagerada conducta de este tipo coarta y limita el desarrollo emocional e intelectual de hombres y mujeres por igual (Bem, 1985). De hecho, muchos estudios recientes han dado escaso apoyo al punto de vista tradicional en relación a que la desviación del papel sexual estándar -ya sean en personalidad o intereses- conduce a desadaptaciones psicológicas (Orlofsky y OíHeron, 1987).

Muchos psicólogos admiten que varios rasgos útiles de tipo masculino y femenino pueden existir fácilmente en una misma persona. Tanto el varón como la mujer pueden ser ambiciosos, afectuosos, seguros de sí mismos, tiernos, asertivos y sensibles. Esta mezcla de rasgos de la personalidad entra en la formación de lo que se llama **personalidad andrógina**<sup>20</sup>. Por otra parte, una personalidad andrógina no está limitada por tales deficiencias y capacidades reducidas. Dependiendo de las circunstancias, los hombres con personalidades andróginas pueden ser independientes y dogmáticos, pero capaces de abrazar con ternura a un niño o de escuchar con atención a una persona con problemas. Así, las mujeres con personalidades andróginas, pueden ser efectivas y competentes en el trabajo y aún ser muy expresivas y protectoras si es necesario.

En nuestros días en la literatura popular se piensa que los estereotipos rígidos de los papeles sexuales limitan el crecimiento intelectual.

<sup>20</sup> **Personalidad andrógina** Una identificación de los papeles sexuales que incorpora algunos aspectos positivos del comportamiento típicamente masculino y femenino.

tual y emocional. Las mujeres que muestran un alto grado de la conducta femenina tradicional tienden además a sufrir ansiedad y a ser inseguras. Son menos creativas y sus puntuaciones en las pruebas de inteligencia y de percepción espacial son más bajas que las que tienen menos rasgos femeninos estereotipados. Los hombres muy masculinos también reciben calificaciones más bajas en las pruebas de inteligencia y creatividad que los que poseen una personalidad andrógina. Si bien las personalidades rígidamente masculinas se afirman a sí mismas con suficiente facilidad, les resulta difícil ser alegres y espontáneos (Ruble, 1988). Sin embargo, no todos los investigadores se encuentran de acuerdo en las ventajas de la personalidad andrógina para la adaptación psicológica. En un estudio reciente, parecía haber poca diferencia en el desarrollo psicológico en hombres muy masculinos comparados con los hombres andróginos (es decir, los hombres que a la vez tienen fuertes características masculinas y femeninas). Ningún grupo se destacaba en particular por la depresión, angustia o desadaptación social. En contraste, parecía que los hombres con baja masculinidad tenían problemas de desadaptación social. En las mujeres los resultados fueron más elocuentes. Aún las mujeres que mostraban una fuerte masculinidad y poca femineidad estaban tan bien adaptadas como sus compañeras andróginas o muy femeninas (O'Heron y Orlofsky, 1990). Parece ser que la conducta sexual clásica, o la personalidad andrógina por sí mismas no son necesariamente un boleto para la adaptación psicológica positiva o para la desadaptación.

La personalidad andrógina está integrada por métodos específicos de crianza del niño y por determinadas actitudes de los padres que estimulan la conducta que combina ambos sexos. Por tradición los padres la han tolerado más en las niñas que en los niños como se ilustra en los estudios sobre "marimachas" (Martin, 1990). Las identidades de género andróginas de toda la vida que combinan aspectos de masculinidad y femineidad se establecen con mayor frecuencia en niños donde tal conducta es modelada y aceptada. Es de ayuda para el padre del mismo sexo dar un modelo de conducta sexual cruzada y para el padre del sexo opuesto alabar este patrón (Ruble, 1988).

#### *Los roles correspondientes al género a lo largo de la vida.*

Las etiquetas de género e identidad de género afectan la conducta a través de toda la vida. Durante la adolescencia, las presiones empujan

a menudo a las personas a asumir la conducta de género claramente tradicional. En la edad adulta, las conductas del género varían, dependiendo de las circunstancias y situaciones de la vida, Barbara Abrahams y sus colegas (1978) estudiaron la permanencia de una conducta acorde a los papeles sexuales en cuatro situaciones centrales de la vida: cohabitación, matrimonio, anticipación del primer hijo y maternidad-paternidad. Los investigadores creían que los hombres y mujeres modificarían su comportamiento ligado al papel sexual en respuesta a las exigencias de esa situación; predijeron un cambio hacia el estilo de personalidad andrógina conforme los hombres y mujeres se acercaban a la paternidad-maternidad. Pero sucedió todo lo contrario.

En las situaciones de cohabitación, en que personas no casadas conviven pero sin estar ligadas necesariamente a una relación duradera, las características femeninas (fidelidad, compasión, sensibilidad) fueron clasificadas con puntuaciones bajas en las autodescripciones hechas por hombres y mujeres. El matrimonio, situación donde existe un mayor compromiso de atender las necesidades del cónyuge, hombres y mujeres dieron una alta puntuación a las características femeninas. Los matrimonios que esperaban a su primer hijo se encontraban en una situación ambivalente. Las mujeres se sentían más autosuficientes, pero al mismo tiempo experimentaban mayor necesidad de ser atendidas. Los hombres se sentían a menudo "excluidos"; pero al mismo tiempo se preocupaban cada vez más por proporcionar seguridad a la esposa y al futuro hijo. En esta situación unas y otros dijeron que sentían impulsos masculinos y femeninos más fuertes que los casados que no esperaban hijos.

En la situación de paternidad-maternidad, hombres y mujeres mostraron más características tradicionales ligadas a los roles sexuales. Poco después de nacido su primer hijo, a los varones empezaron a preocuparles los negocios y el aspecto económico. Las mujeres se volvieron menos independientes y se centraron más en el hogar y en el hijo. La balanza se inclinó otra vez en favor de una relación tradicional de dominio del marido. En otras palabras, las diferencias entre los papeles sexuales se hicieron cada vez más tradicionales en las cuatro situaciones. Los varones comunicaron menos cambios de papeles entre las situaciones que las mujeres, probablemente porque son mayores los cambios conductuales que se requieren en ellas.